

ÁRBOLES, BOSQUES Y CORSÉS:
HECHOS, PERSPECTIVAS
E INTERPRETACIONES EN LA HISTORIA
DE AMÉRICA Y ESPAÑA

José Luis de Rojas
Universidad Complutense de Madrid

Así es como, a menudo, nos vemos atrapados por mitos y dogmas, muchos de los cuales se crean sobre la base de impresiones superficiales y conclusiones apresuradas.

G. KASPAROU, *Mis geniales predecesores*

Las modas están presentes en la historia, pero también forman parte sustancial del trabajo del historiador. Y es una faceta coyuntural, cambiante, que dice en cada momento qué es lo que hay que hacer. No lo que se puede hacer, que es un problema diferente, sino lo que se debe hacer. Eso quiere decir que hay temas de moda, muy ligados a conmemoraciones, por ejemplo, pero también que se imponen maneras concretas de hacer las cosas y se condenan u obstaculizan otras.

Algunas de estas modas no son efímeras, sino todo lo contrario. Existe en nuestro oficio una gran carga de inercia científica que favorece el seguir los caminos trillados y penaliza el explorar nuevas vías. Además hay un proceso de

acumulación de conocimientos y puntos de vista y un afán de guardarlo todo. Esto es un arma de doble filo porque aumenta la carga y no desbroza los caminos. Y los bosques prosperan con las podas. Pero nosotros raramente cambiamos los paradigmas sino que los acumulamos y mezclamos, comparando trabajos difícilmente comparables. Un ejemplo de esto es la propia evolución histórica y su realidad geográfica. Las fronteras tienden a ser cambiantes y en el caso americano tenemos un momento espectacular que comienza hace 200 años: el proceso de independencia que va a convertir una administración en varias docenas. Es una importantísima realidad histórica y debía ser una lección de provecho para los historiadores. Debía, pero no siempre lo es porque la olvidamos al proyectarnos hacia el pasado y nos obcecamos en hacer historia de las entidades políticas actuales antes de que existieran. Escribimos sobre Bolivia, Perú o México en la época colonial cuando en esa época no existía con entidad jurídica ningún país con esos nombres. Claro que podríamos decir algo semejante de la península Ibérica en la misma época: la costumbre es hablar de España en el siglo XVI, cuando no existía ningún reino de ese nombre. Lo achacamos a la “unificación de reinos” bajo los reyes católicos cuando se trató de una acumulación de coronas sobre unas mismas cabezas, acrecentada por Carlos I. Y en nuestra proyección de fronteras actuales eliminamos o al menos solemos pasar a un segundo plano las coronas “forasteras” cuyo destino se ha separado posteriormente del de la Península, como Flandes o el imperio e incluso el más cercano Portugal. Y aunque parezca sorprendente tenemos graduados en historia que ignoran que Felipe II de Castilla fue un tiempo rey consorte en Inglaterra. Estas construccio-

nes que formamos crean un sustrato ideológico (en muchos casos creo que ese era su objetivo, precisamente) que produce perspectivas tergiversadas. Pondré un ejemplo, adornado con dos anécdotas: en tiempos de Francisco Franco, una de las mayores calamidades de la historia de España había sido la invasión de los “moros” y uno de los momentos felices la caída de Granada y la expulsión de los musulmanes. Claro que no nos explicaban bien lo que pasó a partir de 1492 ni lo que tardó en marcharse Boabdil, el rey de Granada, de la península Ibérica. Y con él va la primera anécdota. Cuando aún era estudiante, nos gustaba a mis amigos y a mí jugar a los personajes y una vez propuse uno que, tras las preguntas de rigor, llegó a saberse que era rey en España en el siglo xv y que nadie acertó. Cuando dije que era el mencionado Boabdil sufrí una bronca de mis compañeros y siguió una apasionada discusión sobre si se le podría considerar español o no. Probablemente hoy lo veríamos de manera diferente, al menos en Andalucía. El otro caso es el de un personaje conocido en España al que le preguntaron por su figura favorita de la historia de España y dijo que Abderramán III, califa de Córdoba, creando cierta consternación en la audiencia.

El manejo histórico de qué es español o no, de quiénes invaden o aculturán en la historia de la península Ibérica no deja de ser curioso, y cambiante. No reciben el mismo trato los pueblos prerromanos, que a veces sobrepasan las fronteras actuales para que el lusitano Viriato sea héroe español y en ocasiones están divididos por las fronteras autonómicas actuales. La invasión romana fue beneficiosa y fundadora de cultura y tenemos el orgullo de “haber dado” varios emperadores a Roma. Los godos de todo tipo fueron una

invasión bárbara, aunque tiempo después ya eran los buenos frente a las hordas musulmanas.

El tema vertebrador de estas reflexiones va a ser el de las fronteras de todo tipo. Tenemos fronteras geográficas, culturales, étnicas, lingüísticas, sociales que interactúan con los espacios físicos en los que actúan administraciones de distintos tipos y en diferentes épocas, en una realidad cambiante que no siempre queremos reconocer. Y eso ocurre a ambos lados del océano Atlántico.

Una categoría utilizada en antropología y empleada en ocasiones en el estudio de los indígenas americanos es la distinción entre *emic* y *etic*, que *grosso modo* podríamos explicar por lo que percibimos los investigadores y lo que perciben los sujetos estudiados. Proponemos emplear esa distinción en la perspectiva temporal y analizar qué parte del pasado entendemos con nuestra perspectiva y qué parte del pasado debe comprenderse en la manera en que funcionaba. Y un ejemplo estupendo de las posibilidades de este proceder es el análisis de la Monarquía Hispánica.

FRONTERAS METODOLÓGICAS

Hay muchas maneras de acercarse al estudio del pasado y la creciente especialización ha ido separando cada vez más a unos de otros, salvo en casos puntuales. Historiadores, geógrafos, economistas, lingüistas, antropólogos, epigrafistas, numismáticos, etc., todos abordan una parte del pasado y todas las partes componen una sola realidad y unos deberían necesitar a otros. Hemos creado unas fronteras disciplinarias que no siempre se adecuan con la realidad del pasado. En el caso americano tenemos un ejemplo claro en

el estudio del mundo colonial, en el que los historiadores se han dedicado sobre todo a estudiar “españoles en América” y una nueva clase, la de los etnohistoriadores, han sido los encargados de estudiar a los indígenas. Más o menos ha funcionado en muchos casos, sobre todo en investigaciones puntuales, pero ha resultado problemática cuando nos hemos dado cuenta de que con frecuencia los españoles y los indígenas vivían tan juntos que fundaron familias que traspasaban las barreras étnicas. Y cuando las estudiamos, esas familias se niegan a desintegrarse y que una parte sea española, otra india y otra mestiza. Dedicaremos una parte importante de este ensayo a analizar ese problema.

Un caso de confluencia de disciplinas en América, que está fructificando de manera espectacular, es el del estudio de la escritura maya antigua. Arqueólogos, filólogos, lingüistas, epigrafistas, historiadores del arte e historiadores han propiciado un avance espectacular en los últimos 30 años y me parece que sería muy difícil precisar qué es cada uno porque todos son varias cosas y quizás habría que definirlos por su objeto de estudio: estudiosos de la escritura maya.

Una división muy frecuente en las universidades, casi obligada en las españolas, es por tiempos y territorios. Prehistoria, historia antigua, historia medieval, edad moderna y edad contemporánea, divididas después entre España y el resto del mundo, con partes bien tratadas y otras prácticamente inexistentes. Y en mi universidad tenemos además una historia de América, dividida entre dos departamentos, uno de historia y otro de antropología, en el que se engloban los etnohistoriadores. Enseñamos el mundo del pasado dividido y no solemos mostrar cómo juntarlo después. Para la llamada época colonial, por ejemplo, los españoles

de América van por un lado, los indios por su cuenta, los españoles de la Península por otro y los de fuera de ella casi ni se consideran. Es muy raro encontrar “efectos mariposa” para que el cierre de la ruta continental del mercurio de Idria repercuta en el consumo de hojas de coca en Potosí.

El que hagamos “historia de América” siempre sorprende en los países americanos, que bastante tienen con hacer historia de cada país actual, una historia en la que los vecinos suelen aparecer para combatir con ellos nada más y en la que los fundamentos en algunos casos se buscan en el mundo prehispánico sin pasar por los siglos de dominación española.

Antes de entrar en materia con la ilustración de estas reflexiones con ejemplos americanos aún hemos de hablar de espíritu científico. Queremos ser considerados científicos, al menos sociales, pero experimentamos poco. No solemos preguntarnos ¿y si...? y buscar otra alternativa. Nos conformamos con los corsés e incluso cortamos dedos para que el pie entre en el zapato. Creamos teorías *a priori* y cuando los datos no se corresponden los desechamos en lugar de revisar las teorías. Las familias compuestas americanas constituyen un buen ejemplo que desarrollaré más adelante, como ya he dicho, y es que cuando miramos las cosas de otra manera a veces resultan ser distintas. En el caso propuesto una de las diferencias es considerar una perspectiva emic y tratar de saber qué sentían ellos, las personas que estudiamos. Parte de este problema tiene que ver con la soberbia de los investigadores, que tendemos a considerar que lo nuestro es lo bueno en vez de mirar a todos lados, ver lo que hacen los demás y aprender de ello. Aprender de todo en realidad y volver una y otra vez de lo general a lo particular, de la teoría a los datos,

considerar nuevas opciones, etc. Hay que ser curiosos pero también generosos y humildes. Hay muchas explicaciones que funcionan, a veces a distintos niveles, y pueden ser todas verdad, aunque de forma parcial.¹ Muchas veces es cuestión de detalle, de presentación y de poder de convicción.

EL PERIODO COLONIAL EN MÉXICO

Muchas de las consideraciones que afectan al estudio del periodo colonial en México son comunes a los demás países americanos. Todos están unidos por la presencia de un mundo prehispánico poblado por una cantidad variable de indígenas con distintos niveles culturales, por una fase de colonización de mayor o menor duración e impacto y por el acceso a la independencia mediante el uso de las armas y la constitución de nuevas naciones basadas en unidades administrativas españolas.

Raramente empleamos la palabra “indio” para referirnos a esos pobladores antiguos. Suelen recibir nombres “étnicos”, muchas veces sacados de realidades muy posteriores, o nombres de yacimientos arqueológicos relevantes. Tenemos culturas con un solo yacimiento y culturas, como la maya, con miles. Los criterios de clasificación son variables siendo los más utilizados los lingüísticos, los geográficos y los artísticos. Un ejemplo mexicano ilustra muy bien esto: en el Valle de México, en cada fase histórica hay una cultura distinta; en el área maya, mucho mayor, desde el principio de los tiempos hasta hoy hablamos de una sola cultura

¹ Es interesante ver la presentación de diferentes versiones del resultado de la batalla de Waterloo en GINZBURG, *Mitos, emblemas, indicios*.

maya. Y olvidamos que son convenciones de los investigadores y perdemos de vista que hay culturas que hablan diferentes lenguas y lenguas habladas en diferentes mundos culturales.

En muchas ocasiones no podemos ir más allá por la limitación de nuestras fuentes, y en otras no nos molestamos en examinar qué pasa si introducimos variables sugeridas por el análisis de casos posteriores que presentan mucho más información. Un caso del que me he ocupado en diversas ocasiones es el del imperio culhúa-mexica² como entidad política que englobaba otras entidades menores con lenguas diferentes, tradiciones artísticas distintas y ecosistemas variados. En ocasiones los investigadores se han preguntado si existió una “cultura mexicana” o un “estilo mexicano” que se impuso a los pueblos conquistados y esta línea de investigación apenas se ha seguido considerando que estuvieron muy poco tiempo en el poder como para poder generar un estilo imperial como fue el romano en Europa. De todos modos algo pudieron hacer, como van sacando a la luz los trabajos de Emily Umberger.³ Hasta donde yo sé, en cambio, en los Andes sí se reconoce un horizonte inca con una arquitectura característica. Uno de los desafíos es determinar si hay algo propio mexicano, diferente de la tradición mesoamericana, o algo específicamente inca, distinto de la tradición andina. Y la respuesta seguro que tiene implicaciones, es una variable dependiente. Lo que sí hay es una diferencia importante entre ambos imperios, muy relacionada con los temas que ve-

² Este nombre es mucho más preciso que el de imperio azteca. Véase para la discusión ROJAS, “Meosamérica”.

³ Por ejemplo, UMBERGER, “Historia del arte”.

nimos tratando: su distribución en los mapas actuales. En el caso mexicana, la totalidad del imperio ha quedado dentro de las fronteras actuales de México, pues, que sepamos, los intentos de conquista de los quichés no se consumaron. Pero en el caso inca el asunto es muy diferente. Dos países actuales, Perú y Bolivia, fueron fundados sobre la parte central del antiguo imperio inca; Ecuador sobre una parte conquistada tardíamente pero con un papel muy importante por ser la cuna de Atahualpa y hay que añadir al menos el noroeste argentino y el norte de Chile. Y resulta que la vinculación, diría que hasta emocional, de los investigadores de los distintos países, es diferente. Los ecuatorianos no ven el imperio inca de la misma forma que los argentinos, los peruanos que los bolivianos, ni los investigadores de otros países que centran su trabajo en uno u otro de los países actuales. La historia de conjunto del imperio inca es una historia que me gustaría leer algún día y que no es nueva. Continuamente hemos elegido las partes del pasado que nos convenían y no siempre somos conscientes de ese proceso de selección y su proyección en tiempos posteriores. No me puedo resistir a incluir una cita que será de utilidad más adelante al hablar de la nobleza indígena novohispana:

La figura del Inca tal como fue presentada por Garcilaso Inca de la Vega encajó perfectamente con las necesidades de la elite india del siglo XVIII. Les dio una visión de la sociedad inca unificada, pacífica y próspera antes de la llegada de los españoles. Suministró una tradición histórica común a aquellos que ya compartían la discriminación aplicada en su contra como grupo definido por la ley española. Además, la sociedad descrita por Garcilaso Inca no entró en conflicto con la jerarquía estrati-

ficada de riqueza y posición social que existía en la sociedad india del siglo XVIII. Sospecho que la popularidad de la historia del Imperio Incaico de Garcilaso Inca tuvo mucho que ver con el grado en que encajó con las necesidades de la élite india del siglo XVIII. Ella necesitaba una historia que proporcionase una base para la emergencia de una identidad común de indio, sin perturbar la jerarquía de autoridad y rango existente en la sociedad india, de la cual esta élite se beneficiaba.⁴

Otro caso de cultura antigua distribuida por diferentes países es la maya, con presencia en México, Guatemala, Honduras, Belice y El Salvador, en diferentes grados. Aunque en el pasado se habló de imperios, hoy día sabemos que nunca hubo ningún tipo de unificación política sino que convivieron distintas entidades, con periodos de expansión y contracción. Tradicionalmente se define esta cultura por la lengua (aunque en realidad son muchas, pertenecientes a un mismo tronco) y por el estilo artístico, aunque herejes como el que escribe manifiesta que ve demasiadas diferencias entre Uxmal, Palenque, Tikal y Chichén Itzá, por ejemplo. Hay una tradición ya bastante antigua de aceptar una presencia teotihuacana en el clásico maya y sólo algunas voces discordantes que plantean la necesidad de estudiar la presencia maya en el altiplano mexicano. De mucho tiempo atrás se ha aceptado una influencia maya en las estelas de Xochicalco, y más recientemente el hallazgo de los murales de Cacaxtla ha puesto aún más de manifiesto estas similitudes. Y el huasteco pertenece a la misma familia lingüística que las lenguas mayas. Todo esto habrá que

⁴ SPALDING, *De indio a campesino*, pp. 186-187.

analizarlo algún día, pero ahora nos interesa destacar que unos y otros comparten una tradición cultural muy fuerte, con ejemplos como el uso del calendario con dos ciclos y numerosos rasgos estilísticos. Y una nueva evidencia comienza a tener una fuerte presencia: el sistema político y religioso maya que aparece en las inscripciones antiguas se parece enormemente al del centro de México y los términos en las distintas lenguas son equiparables. Nos estamos perdiendo muchas cosas por andar separados.

Tratemos, pues, de juntar algunas cosas, a ver qué pasa. Una de las divisiones tradicionales en la historia del pasado de México (y de la mayor parte de América) es la que hay entre estudiosos del mundo prehispánico y del mundo colonial, con la conquista entre ambos como un suceso cataclísmico que cambió todo de repente, con un imperio mexicana con fecha de caducidad del 13 de agosto de 1521. Nada de lo posterior se parecía a lo anterior y muy pocas investigaciones comenzaban en el mundo prehispánico para adentrarse en el colonial.⁵

Es hora de hablar de las variables, de las dependientes y de las independientes. Cuando se producen estas últimas, los cambios son pequeños, pues al ser puntuales apenas inciden en el resto. Pero las primeras son trascendentes, afectan al conjunto y un cambio inicia una secuencia que puede llevar lejos. Algunos afectan a áreas de las sociedades, otros a la totalidad. En el caso del imperio mexicana se ha producido una variación importante en los últimos tiempos que afecta a nuestra interpretación del mundo prehispánico y

⁵ Citaremos entre éstas, dos de México y una del Perú: MARTÍNEZ, *Tepeaca*; REYES, *Cuauhtinchan*; STERN, *Los pueblos indígenas*.

se extiende a la conquista abriendo un panorama diferente que debe repercutir en la interpretación del mundo colonial. Decimos que debe porque aún lo ha hecho poco. La fuerza de la inercia científica es grande.

La novedad de que hablamos es la constatación de que Mesoamérica era un mundo de señores, no de territorios. Y lo era desde antiguo, como lo reflejan los textos mayas, que hablan de “reyes” y sus linajes, no de ciudades. Los linajes son muy importantes y estaban fuertemente entrelazados por la costumbre de realizar matrimonios sucesivos entre los señores de dos sitios, potenciada por la poligamia que permitía que esta práctica se extendiera mucho, hasta el punto de que había una sola familia de señores en Mesoamérica. Estos señores competían entre sí para ocupar los lugares preeminentes en sus dominios, y para aumentar éstos y ascender en la jerarquía regional o más allá. La historia de los llamados imperios se puede ver como el ascenso de un linaje hasta colocarse por encima de los demás y convertirse en el referente de todos. Esto quiere decir, por ejemplo, que entre las esposas de un señor la principal es la que pertenece al linaje más encumbrado. Y quiere decir también que cuando se produce un cambio drástico en el poder, éste afecta también a las jerarquías domésticas. Cuando se produjo la derrota de los tepanecas de Azcapotzalco, los lugares principales entre las esposas fueron ocupados por miembros de los nuevos linajes dominantes en perjuicio de las parientes de Tezozómoc. Y conforme creció la importancia de Tenochtitlan en la Triple Alianza, más al frente se pusieron las esposas mexicas. Hasta en Texcoco, el segundo lugar en la jerarquía, la disputa por la sucesión de Nezhuallpilli en 1515 fue entre tres de sus hijos que tenían madres

mexicas. Muchas alianzas se producían mediante estos matrimonios y muchas guerras también. Los descontentos generaban facciones y a veces llevaban a desencadenar guerras o a tomar partido en las ya existentes, ayudando, por ejemplo, a la conquista por los mexicas si ésta suponía un beneficio para alguien, tanto en el ámbito local como regional. Era un mundo de guerras, alianzas y traiciones, de imposiciones y pagos, y en el caso de la formación del imperio de la Triple Alianza muchas de las heridas eran muy recientes cuando llegaron los españoles.

Esta realidad tiene repercusiones en la interpretación de la conquista y es curioso constatar que las evidencias nunca fueron ocultadas: la participación de los señores indígenas a la cabeza de numerosas tropas aparece reiteradamente en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, y no se limita a los tlaxcaltecas. Uno de los personajes con mucho peso es, precisamente, uno de los descontentos con el resultado de la sucesión de Nezahualpilli en 1515, que además había vuelto a ser relegado en 1520, Ixtlilxóchitl. Su papel en la conquista es fundamental si leemos los escritos de su descendiente Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, pero su participación sigue siendo muy importante en los relatos menos partidistas de otros autores, entre ellos el propio Cortés.⁶ Una frase contundente fue escrita por Ross Hassig: “Los aztecas lucharon en una guerra mesoamericana y perdieron”.⁷ ¿Qué quiere decir esto? ¿Que la única novedad fue la presencia de los españoles? Pensemos en ello como una variable dependiente. Muchos señores indígenas, con sus fuerzas tras ellos, pe-

⁶ Véase sobre este tema ROJAS, “La nobleza indígena”.

⁷ HASSIG, *Mexico*, p. 146.

learon al lado de los españoles, desde el principio o desde el final, lo que interesa es que estuvieron en el bando vencedor y esto abre una categoría nueva que hemos considerado poco: hubo indios vencedores y habrá que analizar sus consecuencias.

Debemos ocuparnos ahora de una categoría largamente aceptada y que tiene mucho que ver con la forma en que planteamos las cosas, sin ser a veces conscientes de las implicaciones que tiene hacerlo así: los indios. Spalding en la obra citada dedicó un capítulo a preguntarse ¿quiénes son los indios? y responderse que es un término que cambia con los tiempos. La pregunta es muy pertinente y requiere que reflexionemos sobre ella. Algo adelantamos hace tiempo en el artículo “El indio evanescente”⁸ donde apuntábamos que las diferentes denominaciones de los indígenas americanos, para empezar, dificultaban la comparación entre unos periodos y otros y el estudio por tanto de la evolución. Cuando cambian los criterios que dirigen las clasificaciones, grupos con la misma denominación resultan difícilmente comparables.

Merece la pena detenerse un poco en este tema y vincularlo con las variables. Cuando hablamos de los habitantes de América antes de la conquista española, nunca lo hacemos como un colectivo, sino que diferenciamos con la mayor claridad posible unas unidades de otras, tanto en el tiempo como en el espacio. Como hemos comentado ya, para el antiguo México incluso estamos manejando categorías nuevas que cambian el panorama de las filiaciones e identificaciones. En el caso de Tenochtitlan somos muchos los que en algún momento hemos tratado de aclarar que az-

⁸ ROJAS, “El indio evanescente”.

teca, mexica y tenochca no son la misma cosa, aunque hubiera individuos que pudieran ser las tres cosas a la vez. Y a la hora de determinar qué era prioritario deberíamos aceptar que la postura emic ofrecerá mejores frutos que la etic. Lo que importa es cómo se organizaban ellos, con quiénes se identificaban. Durante mucho tiempo hemos manejado el término “culturas” mezclado con el de “etnias” y hemos hablado de zapotecas y mixtecas, de cultura zapoteca y cultura mixteca para Oaxaca, por ejemplo, obviando que zapotecas y mixtecas siguen conviviendo en la región hasta el día de hoy, hasta el punto de que algunos son las dos cosas. En ocasiones tenemos que poner apellido a la etnia para precisar, como cuando hablamos de tepanecas de Azcapotzalco o tepanecas de Tlacopan. Ahora que pensamos que lo que aglutinaba a la gente era su dependencia de un señor, algunas expresiones que no hemos considerado importantes antes toman un cariz diferente, como cuando al ser preguntados por los aspirantes a conquistadores quiénes eran unos indios con quienes se encontraron dijeron “somos vasallos de Moctezuma” y añadieron “todo el mundo es vasallo de Moctezuma”. Hemos pensado que era una forma de alejarlos, encaminando a los españoles al centro de México, y ahora quizás debamos darles una parte de razón más consistente. Moctezuma era el referente principal, no Tenochtitlan ni ningún imperio, y la idea no era ajena para los españoles que estaban estrenando emperador. Por eso Cortés tuvo mucho cuidado en atraer a los señores a su causa y por eso tras la caída de Tenochtitlan apresó y llevó consigo a los diferentes señores.

Pero centrémonos de nuevo en los indios. Antes de la conquista no existían. Después de ella han llegado a ser una

categoría fundamental, pero eso fue un proceso que llevó un tiempo y hay que preguntarse si todos los prehispánicos que sobrevivieron a la conquista se convirtieron en indios. La respuesta es clave para analizar la evolución de la sociedad del antiguo México y la formación de la sociedad colonial. Una advertencia que debemos hacer aquí, aunque trataremos de ella más adelante, es que en el momento de la conquista en realidad no hubo “indios vencedores”, sino “señores vencedores”, así como señores vencidos que fueron mantenidos en sus puestos a cambio de su colaboración, dándoles la oportunidad de demostrar su fidelidad al nuevo régimen y prosperar en él. Es decir, el comportamiento del bando vencedor en el que se contaban los españoles era muy similar al que había existido en Mesoamérica desde siglos antes. Las estrategias posconquista son comparables, como han dejado bien claro recientemente John K. Chance y Barbara L. Stark.⁹

Las divisiones prehispánicas incluían fuertes diferencias sociales. El lugar que cada uno ocupaba en su propia sociedad determinaba su potencial evolutivo. Las recompensas que los agricultores recibían por su participación en las guerras prehispánicas eran muy pocas. En realidad, muchas veces se limitaban al cambio de señor, fuera este otro miembro del linaje gobernante o un forastero, o las dos cosas, puesto que la intrincada red de parentesco de los señores permitía encontrar forasteros emparentados con los linajes locales. De hecho, parece que fue más fácil implantar un gobernante cuando se daba esa circunstancia, así que debemos pensar que los destinos futuros de los hijos de los

⁹ CHANCE y STARK, “Estrategias”.

señores tenían mucho que ver con la procedencia de sus madres. La situación de estas “clases bajas” no pareció cambiar con la conquista española y no hay que olvidar que la mayoría de la población pertenecía a esta categoría. Y entre señores y agricultores había muchos grados, sobre todo en las ciudades donde la estratificación es más compleja. Tenochtitlan era una ciudad muy grande antes de la llegada de los españoles y siguió siéndolo después, con la mayor parte de la gente ocupada en las mismas profesiones que tenían antes y con el mismo papel de centro de atracción de emigrantes que le había permitido crecer en la época prehispánica. Y lo que probablemente es más importante, con un tipo de organización diferente que se reflejó en el mundo colonial, como lo reflejan estas palabras de Jonathan Israel:

Con todo, no hay duda de que al mismo tiempo existía ya otra sociedad indígena, española y menos compacta y disciplinada, separada de las comunidades tradicionales, cuyos miembros se vestían de otra manera y que se estaba desarrollando continuamente en las zonas donde los corregidores tenían menos poder, es decir, en las plantaciones y haciendas de los criollos y en los centros de las grandes ciudades. Cultural y económicamente, esta sociedad se hallaba mucho más estrechamente ligada a la vida de los centros españoles de población que la otra, y a ella se mezclaban gran número de mestizos, negros y mulatos.¹⁰

Ni siquiera estos indígenas “de a pie” forman una categoría unificada. Nosotros pensamos que tampoco lo hacían en el mundo prehispánico y que los indios urbanos colonia-

¹⁰ ISRAEL, *Razas*, p. 272.

les eran muy parecidos a los prehispánicos. Hay algo en la cita, no obstante, que es muy importante y es la mezcla que se produce en las ciudades. Israel habla de “mestizos, negros y mulatos” que son también categorías coloniales que es necesario revisar. De hecho cuando se intenta cuantificarlos hay muchos problemas pues en los censos y cuentas antiguos los criterios cambian. Vamos a aprovechar otra frase de Israel para mostrar los problemas que tiene el análisis tradicional de estas categorías:

Los primeros mestizos, pues, aun cuando fueran bilingües y a pesar de su compleja psicología, solían estar clasificados socialmente o como “españoles” o como “indios”. Los matrimonios entre mestizos y mestizas, la existencia reconocida de la familia mestiza propiamente dicha, eran hasta cierto punto raros, y muy pocos mestizos estaban clasificados como miembros de un tercer grupo de la sociedad. Cabe suponer que aquí reside la clave de la paradoja de los mestizos del siglo xvii, los cuales eran numerosos e importantes al mismo tiempo que parecían ser escasos y tener poca importancia: la mayor parte llevaba una vida social disfrazada. La verdadera población “mestiza”, o sea, la que en la sociedad mexicana del siglo xvi era calificada como tal, crecía y se desarrollaba al margen de la “república española” y a la sombra de los negros.¹¹

Es un excelente ejemplo de las diferencias que existen entre ver el pasado de forma emic o verlo de forma etic. Israel encuentra, con gran acierto, que lo que se llama “mestizo” en el siglo xvii es una categoría que poco tiene que ver con la visión tradicional de descendiente de indio y español, o

¹¹ ISRAEL, *Razas*, pp. 70-71.

de mestizos ya reconocidos, pero su postura ética de reconocer la existencia de distintos grupos significativos de población que tienen que ver con su origen racial le obliga a forzar los datos y hablar de una “existencia disfrazada” en vez de explorar –y explotar– la vía de que los matrimonios constituyen familias, y que su filiación es familiar más que étnica, lo que en muchos casos les permitió invocar varias líneas de ascendencia, españolas e indias, según sus intereses y sobre todo entre las clases altas. La pregunta que se hizo Israel a continuación de cuándo aparecieron los mestizos como categoría mayoritaria de la población de México es la que necesita respuesta. Para los siglos XVI y XVII es bastante claro que los mestizos eran un grupo marginal y no necesariamente mezcla de indio y español. Y para entender la sociedad de aquel tiempo es necesario tener esto presente. Spalding precisó muy bien los intereses de la invocación de una u otra descendencia para el caso peruano y el elevado grado de movilidad que había entre las distinciones étnicas, con “indios” que al emigrar cambiaban de adscripción y podían llegar incluso a ser “españoles”. Curiosamente, quedaban anclados en el mundo indígena los agricultores rurales que no podían escapar a los sistemas sociales indígenas y las élites que basaban su riqueza y su prestigio en su descendencia de las élites incaicas. Incluso llega a plantear una suerte de “mundo al revés”:

La considerable riqueza y posición de muchos de los miembros de la nobleza india es enfatizada por el hecho de que muchos casos de disputas sobre el derecho de sucesión al cargo y a las posesiones de una familia noble india –un cacicazgo– resultaron la falsificación de genealogías hechas por los miembros de

la sociedad europea que trataban de pasar como miembros de la nobleza indígena.¹²

Cabe la posibilidad de que en vez de falsificaciones –aunque éstas existían– pueda tratarse de un camino de ida y vuelta, de parientes que al no heredar títulos y riquezas habían encontrado mejor acomodo en el mundo español y que ante la oportunidad se acordaban de sus ancestros y decidían ponerlos de manifiesto en un comportamiento que debemos considerar legítimo y del que podríamos aprender muchas cosas, la primera que ser “indio” no era en absoluto deshonoroso *per se*. Lo era si se añadían otras circunstancias, como el nivel económico bajo. En la Nueva España el número de españoles casados con hijas de caciques fue muy alto y estas uniones dieron origen a muchas familias mezcladas en las que se produjeron comportamientos similares a los descritos por Spalding para el Perú. De hecho, si nos atenemos a criterios puramente étnicos, la complejidad de muchas familias era inmensa. Aceptando que los hijos de español e india (o viceversa) fueran mestizos, al contraer matrimonio con gente de distinto origen daban una tercera generación con distintos grados de mezcla, que se multiplicaban en las siguientes. Un ejemplo bien conocido de familia de este tipo es la del cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Podría darse la paradoja de que todas las mezclas presentes en las series de cuadros de mestizaje se dieran dentro de una misma familia. Y a nosotros corresponde decidir qué categoría es más importante para el análisis.

¹² SPALDING, *De indio*, p. 175.

Hay otra lección importante en aceptar que se producían estos comportamientos y es que la categoría “español” no es tan clara como suponíamos. Con el tiempo, cada vez más, se convirtió en una categoría clasificatoria más que racial, en la que el nivel económico más alto estaba en general asociado a ella, mientras que el inferior era el de los indios. Esto era acrecentado por la asimilación progresiva de indios y mestizos ricos al mundo español y de españoles pobres al mundo indígena, como señalan Pastor¹³ y Ouweneel.¹⁴ Para este último, “indio” en la época que estudia significaría prácticamente “tributario que vive en un pueblo”. Y había motivos para este proceder:

El corte de cabello estaba tan asociado con lo indio que, según informó en 1782 el cura de santo Domingo Hueyapan, a algunas castas les dio por ir vestidos a la usanza india y con balcarrotas, así se hacían pasar por indios para escapar al pago de impuestos y tener acceso a las tierras indígenas.¹⁵

Las consecuencias de aceptar este punto de vista son de largo alcance: parece que si una persona tenía éxito y riqueza era español y si no los tenía, indio, independientemente de su origen étnico, y por lo tanto, siempre encontraremos españoles ricos e indios pobres. Dados los datos aportados por los distintos autores es importante reflexionar sobre este asunto, pues nuestro punto de vista puede cambiar mucho mientras que las vidas de los que estudiamos seguirán siendo las mismas.

¹³ PASTOR, “Estructura y vida social”, p. 445.

¹⁴ OUWENEEL, *Shadows*, p. 16.

¹⁵ TAYLOR, *Ministros de lo sagrado*, vol. 1, p. 341.

LOS SEÑORES INDÍGENAS COMO VARIABLE

Hemos señalado ya que el mundo prehispánico giraba alrededor de los señores. Los había con mucho poder y los había con poco, pero cada uno cuidaba lo suyo y trataba de acrecentarlo. Las guerras eran apuestas en las que unos ganaban y otros perdían, pero siempre se trataba de señores. Los macehuales son otra historia, aunque tenían también algunas posibilidades de mejora, ligadas en general a la emigración. Si aceptamos que la conquista de México fue una guerra mesoamericana en la que los diversos combatientes miraban preferentemente por sus intereses y que muchos señores indígenas de distintos niveles se encontraron en el bando vencedor, deberíamos estar obligados a pensar de otra manera el mundo colonial. Y eso no quiere decir que la conquista no produjera muertes ni cambios, que no hubiera gente desolada o ciudades arruinadas, porque las hubo. Lo que sí quiere decir es que la organización indígena no sucumbió de la noche a la mañana y que pudo haber individuos que medraran gracias a la guerra, lo que normalmente ocurre en todas las guerras. Lo que parece que cuesta trabajo aceptar es que una parte —más o menos grande, que eso está por ver— fueran indígenas.

Por fortuna, cada vez tenemos más estudios sobre nobles coloniales. Los tenemos sobre lugares concretos, algunas veces muy alejados de la capital; vamos teniéndolos también sobre los nobles de la capital y tenemos estudios de linajes concretos. Y gracias al estudio de Doris Ladd¹⁶ podemos vincular algunas familias indígenas con los señores de más

¹⁶ LADD, *La nobleza titulada*.

alto rango a fines del periodo colonial. De hecho Ladd llega a decir que todos eran descendientes de Moctezuma y a la vista de las genealogías parece que es verdad. Son los beneficios de la endogamia y de que los hijos y familiares cercanos de Moctezuma tuvieran una alta consideración desde el momento mismo de la conquista. Claro que los privilegios que se les otorgaban solían llevar aparajeda la renuncia a cualquier pretensión sobre el imperio. Para algunos investigadores eso parece ser una cesión muy dura, pero si consideramos que la mayoría de ellos no tenía ninguna posibilidad de haber llegado a ser emperador, quizás no les costara tanto trabajo aceptar los cambios. Es importante tener en cuenta el puesto y las aspiraciones de cada uno para medir su nivel de éxito o fracaso, y esa reflexión se aplica a toda la nobleza indígena –en realidad, a toda la población–, lo que ayuda a comprender sus comportamientos y cambia el dictamen sobre sus logros: muchos sólo aspiraban a seguir siendo señores de sus pueblos o cabezas de sus familias y les pareció muy bien conseguirlo. Otros aspiraban a ser señores o cabezas y cuando lo consiguieron, quedaron muy satisfechos. En el mundo colonial, como en el mundo prehispánico, la mayoría de los señores tenía sólo poder local. Y Tenochtitlan, como más tarde la ciudad de México, quedaba muchas veces muy lejos. Y no digamos el rey de España.

Pero vayamos a los datos, que deben preceder a las interpretaciones. Lo que los estudios mencionados nos muestran es la vitalidad de los señores indígenas en muchos lugares, o mejor dicho, de los linajes indígenas, pues en muchos casos los señores cambiaron pero no lo hicieron las familias gobernantes. Controlaron los *tlah̄tocayotl*, controlaron los cargos del cabildo y los de la Iglesia y cuando

les convino, se convirtieron en hacendados. Al desvincularse de los cargos indígenas, además, dejaron de necesitar hacer valer su ascendencia india y muchos se convirtieron en españoles. Tenemos casos de hijos de un mismo padre y una misma madre que declaran condiciones étnicas diferentes. Bueno, en realidad lo que hay es personas que se declaran indios o españoles a conveniencia suya, a veces en un mismo documento.

A propósito hemos dicho “controlar”, pues no siempre ocuparon personalmente los cargos, sino que decidieron quiénes debían hacerlo, sobre todo conforme fueron acumulando posesiones y títulos, a veces en lugares muy distantes. Cabe la posibilidad de que en vez de tener muchos tocayos lo que tengamos es señores de varios lugares al mismo tiempo. Cuando uno se llama, como ocurrió a principios del siglo xvii, Constantino Huitziméngari y aparece en Pátzcuaro y en Coyoacán, comprobamos si no es la misma persona y vemos que en efecto lo es, pero si se llama Hernando de la Cruz, por ejemplo, o Juan de Moctezuma, lo dejamos sin investigar. En el siglo xviii, Martín de Villagómez acumuló más de 30 cacicazgos y eso nos debería abrir una senda que debemos recorrer.

Hemos mencionado ya varias veces los matrimonios mixtos, pero es necesario volverlo a hacer. Sin llegar a los extremos de doña Isabel de Moctezuma, el matrimonio de hijas de caciques con españoles, reales o clasificatorios, fue común. Y como esa práctica fue reiterada, las familias nobles estuvieron cada vez más mezcladas. Como hemos dicho, según cual fuera su destino, parte de la descendencia se clasificó como española y parte como indígena y hubo casos de reciclaje, cuando alguien no destinado en principio a here-

dar se encontraba de repente con un título. Hay dos consecuencias de estas mezclas que no solemos tener en cuenta y que pueden ser importantes.

La primera tiene que ver con las herencias. Resulta que muchos de los “expolios” de tierras indígenas por parte de los españoles fueron resultado de herencias producidas dentro de matrimonios legítimos, por lo que puede considerarse totalmente normal. Dos visiones completamente distintas de este problema pueden verse en Hildeberto Martínez y Hanns J. Prem,¹⁷ y para lo que nos preocupa ahora, podemos encontrarnos con que las tierras “expoliadas” no hayan salido de una misma familia, mientras que algunas de las que permanecen en el mundo indígena sean fruto de maquinaciones para no reconocer a herederos legítimos. Y a veces se trata de grandes extensiones; señores indígenas con varios cientos de hectáreas hay muchos, con varios miles hay menos, pero hay una cantidad significativa. Y si les sumamos las tierras “españolas” procedentes de herencias, la cantidad puede ser mayor. Muchas veces los maridos españoles también eran terratenientes y con el tiempo se pudo dar el caso de que la familia española llevara más tiempo en la localidad que la indígena. Los indios se movían mucho.

La segunda tiene que ver con los contactos, los familiares y los que éstos traen consigo: tratos, negocios, amistades y enemistades, que pueden extenderse en el tiempo, pero sobre todo en el espacio, pues la gente se movía mucho más de lo que nos gustaría. A primera vista, pensamos en contactos con la península Ibérica, y raramente con otras regiones, bien americanas, bien europeas. Los primeros virreyes

¹⁷ MARTÍNEZ, *Codiciaban la tierra*; PREM, *Milpa y hacienda*.

de México lo fueron posteriormente del Perú en muchos casos, y uno de ellos, don Luis de Velasco el joven, regresó con el mismo cargo a la Nueva España. Cada vez que se movían, llevaban su corte con ellos y deberíamos atender a cuántos y qué tipo de indígenas llevaban consigo. Y por debajo del nivel del virrey los movimientos eran constantes: obispos, oidores, capitanes generales y toda una legión de cargos menores. Sabemos de la llegada a Lima de tlaxcaltecas en época temprana, seguramente con la expedición de Pedro de Alvarado que acudió a la conquista del Perú, y son mencionados por James Lockhart, aunque de manera rápida,¹⁸ y asociados con los indios peruanos. No tengo tan claro que los andinos se identificaran con los nicaraos y tlaxcaltecas que llegaron con los españoles ni que vieran con claridad las diferencias entre unos y otros, pero es una pista que hay que seguir. Hemos detectado algunas presencias mesoamericanas en los Andes, como el mestizo “hijo de ysabel, yndia mexicana” que negociaba con coca en Potosí,¹⁹ y sólo una presencia peruana en México, que trataremos más adelante.

Los indígenas en España han recibido poca atención, aunque se va incrementando. A uno le hubiera gustado que en obras sobre las redes hispanoamericanas, como la de Ida Altman,²⁰ estuvieran presentes los parientes y agentes indígenas que debió haber a ambos lados del océano, como queda claro en trabajos más recientes como el de Luis Vicente Pelegrí,²¹ pero es otra tarea pendiente. No olvidemos que un

¹⁸ LOCKHART, *El mundo hispanoperuano*, cap. XI.

¹⁹ NUMHAUSER, *Mujeres indias*, p. 282.

²⁰ ALTMAN, *Emigrantes y sociedad*.

²¹ PELEGRÍ, *El botín del Nuevo Mundo*.

número grande de extremeños estaban emparentados con la descendencia de Moctezuma y otros nobles mexicanos.

Y los que se incorporaban a España podían pasar a otras partes de la Monarquía Hispánica aunque de momento suene a herejía pensar en indios en Flandes o el Milanésado. Lo más probable es que aparezcan como españoles o, como mucho, indianos, pues es posible que en el camino se hayan transformado y solamente nos quede reconstruir genealogías para contestar a la pregunta. Pero todo camino debe ser andado.

Los primeros pasos ya están dados:²² de todas partes de América llegaron indígenas de distinto proceder y condición para pasar tiempos más o menos largos o para quedarse. Algunos explotaron su procedencia indígena como vía para el éxito, como Gómez Suárez de Figueroa, mestizo del Perú, conocido como Garcilaso de la Vega el Inca. Otros pasaron como españoles, del más alto rango siempre que pudieron, como el Conde de Moctezuma. Y debió haber muchos más cuya pista hemos perdido.

Vamos con el emigrante peruano a la Nueva España, caso que nos sugiere un montón de preguntas, pues no creemos que sea singular precisamente:

Un último caso que sobresale es el de Francisco Benítez Ynga. A este gobernador de San Juan se le disputó su elección por parte de Lorenzo de Santiago quien argumentó que Benítez era mestizo del Perú, y por tanto contradecía las ordenanzas. Además de ello se presentó una contradicción en su contra donde se le acusaba “sobre una muerte y diferentes excesos [y] agravios

²² ROJAS, “Boletos sencillos”.

que a hecho a yndios”, se insistía en que se le conocía como mestizo y por su aspecto como proveniente del Perú. En este caso a pesar de las protestas de Lorenzo de Santiago cacique de San Juan, Benítez Ynga fue gobernador de la parcialidad por lo menos durante 1659 y como hemos visto arriba participó posteriormente como parte del grupo de exgobernador en otras controversias.²³

Sabemos que Benítez se había casado con la hija de un gobernador, así que la vía por la que llegó a este cargo parece bastante natural. Y los términos de su contradicción también son bastante frecuentes. Falta que le acusaran de borracho, que también era muy habitual. Lo que no sabemos es cómo llegó a la ciudad de México ni cuándo y sería importante seguir la pista. De momento, quedémonos con la anécdota de que un Ynga fue gobernador indígena de Tenochtitlan y pasemos a hablar de pleitos y contradicciones. Los indígenas aprendieron, si es que no lo sabían antes, a pleitear y lo hicieron con tal fruición que colapsaron la Audiencia y hubo que abrir el Juzgado General de Indios para ocuparse de sus asuntos. Los pleitos tenían muchas veces raíces locales y son numerosos los casos de contradicción de elecciones. Algunos pleitos fueron tan graves que hubo que nombrar gobernadores provisionales, muchas veces forasteros. Para resolver estas disputas se comisionaba por la Audiencia a personas que con su salario y a veces por tiempo determinado iban a los pueblos a resolver los casos. Muchos de estos comisionados fueron indígenas y hemos detectado algunos “profesionales”

²³ ESTRADA, *San Juan Tenochtitlan*, p. 78.

que vivían yendo de comisión en comisión. En ocasiones, tenían cargos en sus propios pueblos y en otros no, pero hay una red de poder extralocal vinculado a la administración española que apenas estamos aprendiendo a conocer. De nuevo encontramos aquí a la familia Ixtlilxóchitl, con don Fernando a la cabeza, pues además de intérprete de la Audiencia fue juez comisionado varias veces e incluso gobernador indígena nombrado por la misma. Alguna vez estudiaremos la totalidad de la familia y no sólo la parte “indígena”, pues don Fernando en realidad siguió los pasos de su padre y de su abuelo, ambos españoles peninsulares y ambos intérpretes de la Audiencia.

UN MARCO PARA COMPRENDER LOS DATOS

¿Cómo cuadran en un marco general los indios ricos y los españoles que se hacen pasar por indios? ¿Qué podemos hacer con las familias mezcladas? Debemos dejarlas juntas privilegiando el concepto familia o separarlas porque lo que nos parece importante es la clasificación étnica. De momento, no sólo estamos clasificando aparte a los distintos miembros de un hogar, sino que estamos dejando su estudio a especialistas diferentes. Esto en ocasiones es útil, pero sólo si nos acordamos después de volver a unir las partes. Deberíamos primar lo más funcional y sobre todo lo más relevante en un contexto emic, lo que les importaba a ellos y lo que actuaba en su tiempo y su espacio, por raro que nos parezca. En realidad el proceso colonial americano se parece mucho a otros, sin excluir

España. Ponemos dos ejemplos y remitimos a otras lecturas para más casos:²⁴

La romanización de la sociedad hispana fue también un proceso lento y complejo. En las sociedades avanzadas del Sur y del levante fue rápida y sencilla la asimilación de las elites indígenas a las categorías superiores de la sociedad romana. La riqueza, los servicios prestados y los matrimonios mixtos eran los cauces que facilitaban esa asimilación.²⁵

Las élites locales eran difusoras en potencia de la cultura romana más allá de los límites de la ciudad. Eran ellas las que estaban en contacto con la masa de súbditos de Roma, esto es, con los habitantes del campo, en su calidad de terratenientes y “empleadores” de mano de obra, patronos, acreedores y representantes de la autoridad urbana. Un indicio de la romanización de los caudillos británicos o gálicos era la sustitución de las chozas de madera, circulares o rectangulares, por villas con corredor cuyos cimientos eran de piedra, a las que cada vez con más frecuencia se dotaba también de baños, calefacción bajo el suelo y mosaicos. Estas casas de campo de estilo romano indicaban que su propietario era leal al nuevo orden y que su posición dentro del mismo había subido. Del mismo modo la villa simbolizaba la acentuación, bajo la influencia romana, de las divisiones sociales que existían en la sociedad provincial antes de la conquista. La élite local veía y valoraba la posesión de cultura romana como un criterio más de la superioridad social. Su interés por transformar el estilo de vida de la masa de la población no era mayor que el de los funcionarios del gobierno central.²⁶

²⁴ ROJAS, *Cambiar*.

²⁵ DOMÍNGUEZ ORTIZ, *España*, p. 21.

²⁶ GARNSEY Y SALLER, *El imperio romano*, p. 227.

Con algún pequeño cambio la cita se puede acomodar perfectamente al comportamiento de las élites indígenas de la Nueva España. Y hay que prestar especial atención a esa fractura existente en las sociedades preconquista, que se conserva o se incrementa en las sociedades coloniales.

Antes de la llegada de los españoles los diferentes grupos indígenas no formaban un conjunto homogéneo, aunque después hayamos tratado de agruparlos con el nombre de indios. Había diferencias regionales y diferencias locales, generalmente éstas plasmadas en la riqueza y el estatus. Y había alianzas y facciones entre los grupos. Pero cuando uno cambiaba de lugar o se producían matrimonios entre gente de los diferentes grupos no tenía repercusiones en el total porque nosotros hemos decidido que formaban un mismo grupo. No hablamos de mestizaje para la descendencia de un zapoteca y una mexicana, por ejemplo. En cambio para el mundo novohispano hemos aceptado la existencia de grupos diferenciados y los hemos diferenciado aún más cuando se han mezclado, creando nuevas categorías y separando la realidad social. Cuando insistimos en la existencia como grupos separados de indios, mestizos y españoles, sobre todo, no solamente estamos separando familias, dividiéndolas cada vez en grupos más pequeños, conforme las mezclas se acumulaban y los porcentajes de sangre de uno y otro tipo variaban, sino que estamos tergiversando la evolución de la sociedad prehispánica. Una parte de los descendientes de los indígenas prehispánicos dejó de ser indígena. Como hemos visto, esto ocurrió entre las élites, pero también entre las clases más bajas, siempre que el cambio conllevaba alguna ventaja, económica o social. Dejaron de ser indígenas, pero no dejaron de ser

novohispanos ni tuvieron que renunciar a su árbol genealógico. Más bien, en el caso de los que reivindicaban títulos de nobleza, tuvieron que dejar bien claro el tronco al que pertenecían y gracias a ello tenemos mucha información genealógica en pleitos y códigos coloniales. Conforme las categorías se volvieron más “clasificadoras” y menos “étnicas” la pirámide terminológica se fue asentando cada vez más, con los españoles en la parte alta y los indios en la baja. Cuando prescindimos de los componentes del primer grupo que descienden de los indios, y concentramos la herencia de éstos en la parte más baja, vamos cerrando cada vez más el círculo vicioso que iguala a los indios con la pobreza y dando argumentos para sostener la explotación de los indios por los españoles. Explotación hubo en época prehispánica desde mucho antes de que llegaran los españoles y siguió habiéndola después de que éstos se fueran, pues la sociedad era muy compleja, al menos en los lugares que llamamos de “alta cultura”. Y la sociedad novohispana fue muy compleja, con un reacomodo constante a lo largo de los tres siglos que duró. Es muy probable que la integración de las élites indígenas en la sociedad hispana fuera más intensa que su incorporación al imperio mexicana. Para ningún pueblo sometido a éste la relación alcanzó un siglo, y en muchos casos, apenas fueron unos años, mientras que el virreinato de la Nueva España se acercó a los tres siglos. Pero no valoramos el tiempo de la misma manera. Sorprende ver cómo en el estudio del mundo colonial novohispano, el tiempo no es una variable importante y se suele analizar la sociedad como una unidad constante. También el tratamiento del espacio deja muchas veces mucho que desear, aplicando los datos de un lugar a otros, sin

considerar si es procedente. Si aplicamos los datos que tenemos a su lugar y tiempo en vez de generalizar indiscriminadamente, a lo mejor volvemos a tener sorpresas.

Volviendo al tema de los indios y su evolución, su lectura constituye una variable dependiente de gran calado. Con lo que hemos expuesto en el texto y resumido en estas líneas, resulta que los indios del México independiente sí son herederos de la cultura prehispánica, pero no “los herederos”. Descienden en realidad de una parte de la sociedad prehispánica, no de la totalidad. Y resulta que esa parte ya era la más explotada, la menos culta y la de menores recursos, y en general la más rural de la sociedad prehispánica. Y desde ese punto de vista, no han cambiado tanto. Y debemos comenzar a considerar que hay otra parte de la sociedad novohispana que también es heredera de la sociedad prehispánica, en la que generalmente ocupaban cargos de privilegio, aunque fuera a nivel local, y que fueron capaces de conservar su estatus y llegar con él a la independencia. Muchas de las luchas de los pueblos indígenas son del siglo XVIII y son esencialmente entre ellos. Lo mismo pasa con los principales que desbancan a los caciques hasta llegar a crear la categoría de gobernadores, con tantos ejemplos a finales del siglo XVIII,²⁷ y nos falta ver si estos caciques perdieron su poder o simplemente se integraron en sectores más “españoles” como los hacendados, como ocurrió con los Páez de Mendoza que pasaron de caciques de Panoayan a hacendados.

Así que el estudio de los indígenas en la Nueva España debe atender también a todos los descendientes que de-

²⁷ Véase OUWENEEL, *Shadows*.

jaron de ser indígenas. Y el estudio de los españoles debe incluir a los que dejaron de serlo. Y los mestizos eran de todo, pues raramente se afiliaban a la categoría que nosotros hemos considerado adecuada. Al final, solamente hay una manera de estudiar la sociedad novohispana: hacerlo en conjunto y ponerla en relación con los acontecimientos de otros lugares con los que mantuvieron relación y contactos, e incluso se desplazaron a ellos. La corona nombró virrey una vez al Conde de Moctezuma, esposo de una descendiente del emperador cuya familia llevaba varias generaciones en España, y los calchaquíes nombraron Inca a Pedro Bohórquez, un andaluz nacido en Granada, según sus propias afirmaciones.²⁸ El mundo al revés. Salvo que compaginemos una visión del mundo en la que estos acontecimientos tengan cabida.

REFERENCIAS

ALTMAN, Ida

Emigrantes y sociedad. Extremadura y América en el siglo XVI, Madrid, Alianza América, 1992.

CHANCE, John K. y Barbara L. STARK

“Estrategias empleadas en las provincias imperiales: perspectivas prehispánicas y coloniales en Mesoamérica”, en *Revista Española de Antropología Americana*, 37:2 (2007), pp. 203-233.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio

España. Tres mil años de historia, Madrid, Marcial Pons, 2000.

²⁸ LORANDI, *De quimeras*.

ESTRADA, María Isabel

San Juan Tenochtilan y Santiago Tlatelolco: las dos comunidades indígenas de la ciudad de México 1521-1700, tesis de maestría en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

GARNSEY, Peter y Richard SALLER

El imperio romano. Economía, sociedad y cultura, Barcelona, Crítica, 1991.

GINZBURG, Carlo

Mitos, emblemas, indicios, Barcelona, Gedisa, 1999.

HASSIG, Ross

Mexico and the Spanish Conquest, Nueva York, Longman, 1994.

ISRAEL, Jonathan I.

Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

KASPAROV, Garri

Mis geniales predecesores, La Roda, Merán, 2006, vol. 4.

LADD, Doris

La nobleza titulada mexicana en la época de la independencia, 1780-1826, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

LOCKHART, James

El mundo hispanoperuano, 1532-1560, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

LORANDI, Ana María

De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta de Pedro Bohorques, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.

MARTÍNEZ, Hildeberto

Tepeaca en el siglo XVI. Tenencia de la tierra y organización de un señorío, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1984.

Codiciaban la tierra. El despojo agrario en los señoríos de Tecamachalco y Quecholac (Puebla 1520-1650), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997

NUMHAUSER, Pauline

Mujeres indias y señores de la coca. Potosí y Cuzco en el siglo XVI, Madrid, Cátedra, 2005.

OUWENEEL, Arij

Shadows over Anahuac. An ecological interpretation of crisis and development in Central Mexico 1730-1800, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996.

PASTOR, Rodolfo

“Estructura y vida social en la Mixteca Alta. Siglo XVIII”, en ROMERO FRIZZI, 1984, pp. 419-475.

PELEGRÍ, Luis Vicente

El botín del Nuevo Mundo. Capitales indios en Extremadura, Brenes, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2004.

PREM, Hanns J.

Milpa y hacienda. Tenencia de la tierra indígena y española en la cuenca del Alto Atoyac, Puebla, México (1520-1650), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Fondo de Cultura Económica y Gobierno del Estado de Puebla, 1988.

REYES, Luis

Cuahtinchan del siglo XII al XVI. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1977.

ROJAS, José Luis de

“El indio evanescente: el estudio de la América Colonial”, en *Anales del Museo de América*, 5 (1997), pp. 53-72.

“La nobleza indígena de México ante la conquista española”, en *Trocadero*, 19 (2007), pp. 55-68.

“Mesoamérica en el postclásico: el contexto imprescindible”, en *Historia Mexicana*, LIV:3 (215) (ene.-mar. 2005), pp. 677-696.

“Boletos sencillos y pasajes redondos. Indígenas y mestizos americanos que visitaron España”, en *Revista de Indias*, LXIX: 246 (2009), pp. 185-206.

Cambiar para que yo no cambie. La nobleza indígena en la Nueva España, Buenos Aires, SB, 2010.

ROMERO FRIZZI, María Ángeles

Lecturas históricas del estado de Oaxaca, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.

SPALDING, Karen

De indio a campesino, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

STERN, Steve

Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

TAYLOR, William B.

Ministros de lo sagrado, Zamora, El Colegio de Michoacán; México, Secretaría de Gobernación, El Colegio de México, 1991, 2 volúmenes.

UMBERGER, Emily

“Historia del arte e imperio azteca: la evidencia de las esculturas”, en *Revista Española de Antropología Americana*, 37:2 (2007), pp. 165-202.

CRÍTICA DE LIBROS

DE MEXICANOS A NOVOHISPANOS*

Algunos catálogos de exposiciones resultan ser tan importantes como los actos de los que dan cuenta. Este es el caso del presente, que mucho más que una guía descriptiva y erudita, como lo son muchas veces los catálogos de exposiciones, propone marcos interpretativos muy sugerentes a la serie de retratos que componen la exposición “De novohispanos a mexicanos”. A Tomás Pérez Vejo y Marta Yolanda Quezada, junto con Inmaculada Rodríguez Moya y Alfredo Ávila, debemos los textos que proyectan interpretaciones que, sin ser categóricas, iluminan la percepción, estimulan la reflexión y abren pistas pocas veces recorridas e incluso inexploradas.

Si bien el título completo de la exposición sugiere que el eje principal es el temporal, los autores del catálogo lo rebasan constantemente, y a partir del contenido y de la

* TOMÁS PÉREZ VEJO Y MARTA YOLANDA QUEZADA, *De novohispanos a mexicanos. Retrato de identidad colectiva en una sociedad en transición. Catálogo de la exposición*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, 213 pp. 978-607-4840247.